

XXXI

Cuando el doctor Lombroso, en los buenos tiempos de su escuela antropológica, se propuso demostrar que todo hombre de talento—de genio decía él—tenía sus buenas puntas y collar de loco, no había detalle insignificante en la vida de un hombre célebre que no fuera para el buen doctor señal evidente de chifladura. Yo creo que, aplicado el mismo sistema á cualquier individuo, tan locos parecerían los tontos como los hombres de talento, salvo el talento.

Del mismo modo es peligroso investigar en preocupaciones de escuela, cuando de averiguar culpabilidades se trata. ¿Qué vida de santo resistiría la implacable investigación de algunos infatigables averiguadores, obstinados en que han de ser tijetas? Que si los padres, que si su abuelo, que si allá por el año 58... Y es que á lo mejor, nos creemos asomados á nuestro

buen balcón con vistas á Europa, y resulta que es al corredor de un patio de vecindad. ¡Tenemos tan pocas cosas serias en qué ocuparnos! Pero ¿quién podrá decir que tiene una vida privada? Como en danza de la muerte, no hay quien escape de hacer su mudanza al son de la moderna publicidad, que cual la muerte á todas partes llega y á nadie olvida. ¡Desgraciados de los primos segundos de nuestros cuñados si algún día tenemos nuestra hora de notoriedad! Desnudados se verán en público para regocijo de las gentes. Y no hay que culpar demasiado á los que, en apariencia, pudieran parecer los únicos culpables. No puede una enfermedad tan fácilmente con un organismo sano. La publicidad tal vez abusa; pero hay que confesar con cuánta complacencia nos prestamos al abuso...—Por Dios, no diga usted nada de esto...Y lo decimos todo...—No quiero que me retraten ustedes. Y llevamos estudiada la postura en que ha de sorprendernos él objetivo. Padecemos todos de «exhibicionismo», y quizá no andamos descaminados. No hay nada que desarme tanto la

indignación como la curiosidad satisfecha. Conviene, además, cultivar la amable flor de la tolerancia mutua, sin la cual no habría vida de relación posible. Hoy me escandalizas tú, mañana te escandalizaré yo; bueno será que no nos escandalicemos demasiado.

Por todo esto, no opinaré como los graves señores que ahora una vez más van clamando: «¡Qué indignidad! ¿Han visto ustedes á lo que hemos llegado?» Sí, señores míos; y la lástima será no ver adónde llegarán los que nos sigan, porque no todos son malos. Nunca hubo tiempos mejores que los presentes, y es de presumir que aún han de aventajarlos los futuros. Siempre habrá más seguridades en estos procesos de plaza pública, á la luz y al aire, que en las tenebrosas actuaciones inquisitoriales entre negras paredes y bajo oscuras bóvedas. No haya miedo, aunque entre el clamoreo de las gentes parezca zozobrar la verdad, que pueda anegarse la justicia. Hay una rectitud en la conciencia de las multitudes que no le impide rectificar sus juicios. No tiene que velar por los

prestigios de Cuerpo, como otros Tribunales, que alguna vez también se equivocan, pero no pueden confesar nunca que se han equivocado.

* * *

La lógica de los tablajeros es admirable. Como son muchos y tocan á poco, han decidido subir el precio de la carne. Es una lógica carnicera. No vamos á devorarnos unos á otros: es preferible devorar al consumidor.

«¡Quién pudiera también subir los precios!» Así decía una expendedora del mismo enemigo del alma, aunque en otro ramo, donde también es mucha la competencia.

Para resolver el conflicto, el Ayuntamiento debe ponerse al habla con los patronos de Bilbao, y aun con los de otras partes, por si puede aplicarse á la carne animal el sistema por ellos empleado para abaratar la carne humana. «¡Oh Dios!—decía Tomás Hood en su Canción de la camisa.—¡Que la carne de vaca valga tanto y la de hombre tan poco!»

Sólo nos queda el consuelo de los tontos: lo universal del malestar. ¿Quién podrá vivir al precio á que se va poniendo la vida? ¡Admirable modo! donde, como en la isla encantada de Próspero, con todo lo necesario para la vida no hay modo de vivir.

* * *

De la pintoresca galería de veraneantes, el más digno de nuestra gratitud es el veraneante Robinsón, el descubridor de rincones ignorados que tendrán en él propagandista infatigable. ¡Un Paraíso! ¡La Suiza de España!

La última ilusión que perderemos será esta de los paisajes. Es incalculable el número de Suizas que tenemos en España. Con unos peñascos, dos docenas de pinos y un chorro de agua, ya está una Suiza. Lo malo es que aquí no sabemos explotarlas. Nuestra tierra es un Paraíso. Pero ¡somos tan adanes! Desengañense los admiradores de nuestras bellezas naturales: no hay paisaje posible sin una buena fonda.

El viajar no es un apostolado. Bellezas naturales y bellezas artísticas son un buen pretexto para pasarlo bien en confortables hoteles, entre gentes adineradas y con toda clase de diversiones, por si los paisajes y las catedrales fallan. Y no fallan nunca cuando los contemplamos después de bien comidos y bien dormidos. En cambio, échese usted por malos caminos; llegue usted á una posada, donde toda incomodidad tiene su asiento y todo asiento su incomodidad, y tírese usted después su buen repechito para ver salir el sol por donde acostumbra ó suba usted y baje del coro al campanario, y viceversa, para extasiarse ante los santos desnarigados de la gótica catedral, y regresará usted para que no vuelvan á mentarle paisajes ni catedrales, como no sea en cinematógrafo ó en postales, único modo de admirar bellezas sin fatigas y sin desilusiones.

El Robinsón dirá que somos criaturas artificiales, que tenemos atrofiado el sentido de la Naturaleza... No tome usted muy en serio á los robinsones, que, á lo mejor, van á descubrir bellezas naturales muy

bien acompañados de alguna belleza urbana, y..., naturalmente, ¿qué les importa el duro lecho, ni la mala comida, ni las bellezas naturales tampoco? Pero el que de buena fe cae en el lazo de la propaganda, volverá renegando y creyendo para toda su vida que las mejores creaciones de la Naturaleza y del Arte son obra de los fondistas y hosteleros, y que en España no tendremos paisajes y catedrales mientras no tengamos buenos hoteles y lujosos casinos y... amables bellezas, en que se armonicen la Naturaleza y el Arte.

Preguntad á los habituales y acaudalados concurrentes á Niza, Ostende, Biarritz, San Sebastián mismo, por las bellezas naturales de los respectivos puntos. «Se pasa muy bien», es lo que sabrán deciros.



XXXII

Para justificar el actual estado de las calles de Madrid, el alcalde ha exhibido unas fotografías de las principales vías de París para que en nada tengamos que envidiarles. En efecto; allí, con motivo de las obras del metropolitano, han padecido, como nosotros, las inevitables molestias que la civilización trae consigo, y allí, como aquí, levantamientos y excavaciones en calles y plazas han sido tema inagotable de chistes, caricaturas, escenas de revistas, coplillas de café-concierto y demás desahogos inofensivos. No tiene por qué preocuparse el señor alcalde. A todo lo que podemos aspirar en este bajo mundo es á hacer algo bueno; pero á que parezca bien, es loca aspiración. Como aquí, por cada uno que hace algo, aunque no sea más que jugar al billar ó al tresillo, hay cien mirones, en algo han de entretenerse.

Quisiéramos tener una Gran Vía por arte de magia y que la baratura de la luz eléctrica no costara la más pequeña molestia. Queremos que todo nos lo den hecho; tan hecho... que no haya que hacerlo antes. Pero, amigo, como no hay medio de hacer tortillas sin romper huevos, como dicen en Francia, y tampoco nos gustan los huevos pasados por agua, hay que resignarse con nuestra triste suerte y dejar que los mismos que en París habrán admirado los trabajos del metropolitano, como obra de progreso, al regresar ahora de su excursión otoñal renieguen aquí de todo y por todo. En casa somos de un sibaritismo oriental: no toleramos ninguna incomodidad. Verdad es que la mayor parte de las viviendas son inhabitables, unas por culpa de los caseros y otras por culpa de los mismos vecinos y de sus apreciables familias. ¡Si tampoco podemos vivir en la calle! Individuos hay para quien levantarles las losas de una acera equivale á un desahucio del propio domicilio. ¿En dónde despacharán ahora sus asuntos y recibirán sus visitas? Pueden consolarse admirando

los planos de la futura gran plaza de España. Ellos se encargarán de justificar su nombre, paseando por ella sus desocupaciones, perturbadas ahora por una falta de consideración imperdonable. En cambio, un respetable jefe de familia, que por obsequiar á los suyos con las delicias de un verano aristocrático tuvo que acudir á la bondad de esa noble institución de los prestamistas, decía con gran filosofía, contemplando el estado de nuestras calles:—Así como así, yo tendré ahora que andar por los tejados.

* * *

Su Santidad ha recomendado encarecidamente á los prelados y sacerdotes la más activa predicación contra las actuales modas femeninas, por deshonestas y provocativas á deshonestidad, que es lo peor de todo. No confiamos mucho en la eficacia de esas predicaciones; que no es tan fácil hallar docilidad y obediencia en la grey femenil cuando se trata de cosas que le importan particular y directamente, como

cuando se trata de cosas que en realidad le tienen sin cuidado. No es tan fácil derribar una moda como un Gobierno liberal. Sin contar con que, en esto de manifestarse contra los Gobiernos liberales, entra por mucho también la moda. ¿No son las más á la última trabadas las que más se destraban de pies y de lengua cuando hay que bullir y danzar en juntas, protestas y manifestaciones? Pero ¡ay! en cuestión de modas, como ellas se encuentren á su gusto...

Poco conoce á las mujeres el que se las figure dominadas por las predicaciones del clero. ¡ Buenas son ellas para dejarse dominar por nadie! ¡ Pobre clero! El sí que, en la mayoría de los casos, es el dominado, el zarandeado y el molestado por el indiscreto fervor de las devotas. Cuando á ellas les conviene, lo mismo se entran por el ritual, que por los cánones, que por la Suma Teológica, atropellándolo todo. ¡ Hay cada pa pisa Juana y cada antipapa Luna entre ellas!

Yo sé de cierta junta de señoras, reunida en cierto palacio episcopal, bajo la pre-

sidencia del señor obispo; y como el buen prelado, con muy buenas razones, procuraba convencerlas de la imposibilidad de algo que ellas pretendían, en la ordenación de una festividad religiosa, una de las más voceadoras no sabía más que repetir: «Pues perdone S. I., pero siempre se ha hecho así, siempre se ha hecho así.» A lo que el prelado, bondadoso, replicó todavía: «En efecto, era un abuso tolerado; pero ahora Su Santidad ha dispuesto que no se permita.» «Pues que me perdone Su Santidad, pero á mí me parece un disparate»—fué la contestación. El buen obispo se quedó haciéndose cruces; por fortuna, las cruces de los obispos son de oro y piedras finas y suelen ser regalo de las mismas señoras que tanto les desazonan. Claro es que ellas lo pagan, pero como se abonan al teatro, para que las comedias no las molesten. Sí, ¡ qué van ellas á pagar para oír cosas desagradables!

Por todo esto y otras cosas, verán ustedes cómo por muchos anatemas que caigan sobre la moda, como ellas se encuentren á su gusto, sobre sus monumentales sombre-

ros se pondrán todavía la cúpula de San Pedro en Roma, por montera.

* * *

¡El 606! Parece el número del premio gordo en la Lotería de Navidad. No se habla de otra cosa. Hasta los niños han dejado sus charlas sobre el adulterio y otros sucesos de actualidad, para hacer toda clase de preguntas indiscretas sobre el numerito. Ahora nos enteramos de que hay más gente interesada en el descubrimiento de la que podía suponerse. El reuma que don Fulano, los dolorcillos de don Zutano y hasta el fuegucillo de doña Perengana, todas personas muy respetables. ¡Que el 606 ó el 909, según se lea por arriba ó por abajo, os sea propicio! Los médicos son el demonio: un castigo menos para contener á la Humanidad en sus depravaciones. Con el 606 y cualquier otro numerito por el estilo, esto va á ser el desate.

Admiremos á la clase médica, única en el mundo que trabaja en contra de sus in-

tereses, suprimiendo padecimientos. ¡Si muchas otras clases sociales encontraran su 606, que nos hiciera innecesarios, ó simplificara, por lo menos, sus servicios!



XXXIII

Esto de las Embajadas de moros parece la procesión del niño perdido; llegan unas detrás de otras, y ni el niño parece ni la madre del cordero, que este es el toque de la diplomacia morisca: que no parezca nunca nada de lo que se ha perdido. De modo que es muy posible que haya que ir á buscarlo, y allá iremos con nuestro duro á recuperar la peseta. Ante el peligro de posibles y desagradables discrepancias, llegado el caso, se invoca, para «hacer opinión», como suele decirse, el patriotismo de cuantos pueden influir sobre ella. Bien está si ello no puede ser por menos y se quiere que en su día sean muchos á repartirse las glorias ó las responsabilidades. No es como hacer propaganda de una Exposición ó de un viaje de recreo, cosa en que á todos se favorece y á nadie se perjudica.

Pero... pero en esta ocasión el que since-

ramente y honradamente no crea en la necesidad ó en la conveniencia de nuevas demostraciones bélicas, mal haría en pactar con su conciencia por consideraciones dudosas. ¡ Cualquiera sabe dónde está el verdadero patriotismo en estos tiempos! Eso sí; tampoco vale guardarse la malilla para salir después, si el asunto se tuerce, con aquello de: «¡ Ya lo sabía yo! ¡ A mí siempre me pareció mal; pero cualquiera va contra la opinión general!» Sobre que nunca hay opinión general y sobre que muchas veces la opinión y los que influyen en ella se engañan mutuamente por mutuo desconocimiento, y luego tenemos aquello de: «Yo hablé así porque creí que era la opinión de ustedes» y «Yo creí deber opinar así porque ustedes lo decían».

Sólo hablando cada uno con arreglo á su conciencia puede formarse la verdadera conciencia nacional; nacional, sin vistas á humanitarismos «inter» ó supernacionales. Nosotros no podemos permitirnos aún esos lujos. Eso, como los dramas de Ibsen, según Ramiro de Maeztu, es para los que ya tienen resuelto el problema de la mante-

nencia. Nosotros estamos en el caso de ir á buscarlo donde lo haya.

* * *

El chiste, la humorada, la ironía, la paradoja, la amenidad, todo lo que indigna á muchos graves varones al encontrarlo en artículos periodísticos, pueden hallarlo ahora nada menos que en un documento oficial; que como documento oficial puede considerarse la medalla acuñada para conmemorar el centenario de las Cortes de Cádiz.

Ustedes verán si no es humorismo el de la medallita. Por una cara ostenta las consabidas figuras alegóricas en toda su clásica desnudez, un par de mundos, que de entonces acá han venido á quedar en uno, y alguna otra friolera decorativa. Por esta cara nada de particular. Pero por la otra... ¿ ¿ quién sino á un gran humorista pudo ocurrírsele esculpir y grabar la dulce efigie de Fernando VII en un recuerdo de aquellas Cortes y de aquella Constitución que tuvieron en él su más encarnizado ene-

migo? ¿Qué puede hacer en esta galería aquel tan deseado antes como después aborrecido, sino dar que reír al discreto contemplador? Al que ni supo antes defender su trono ni después agradecerlo; al que volvió á llamar á los franceses para sacudirse de Constituciones y libertades; á uno de los más siniestros mamarrachos que han visto los siglos coronado, y abundan en la serie, ¿qué Shakespeare de la ironía ha sabido clavarle en la picota de esta medalla conmemorativa? No queremos sospechar en ello la menor sombra de adulación monárquica. Hay adulaciones ofensivas para la discreción de los que están demasiado altos, para no estar sobre tan burdas adulaciones. Preferimos atenernos al humorismo, tan desusado en gubernamentales esferas, donde toda seriedad y todo empaque tienen asiento. Pero el espíritu de aquel gran socarrón no habrá dejado de apreciar la ironía de este «trágala» póstumo. «Al que no quiere caldo, la taza llena». Al que que odió la Constitución, medallitas conmemorativas. La idea ha sido genial y merece el más sincero aplauso.

Terminó el preciso veraneo de los que no disponen de tiempo ni de fondos para mayores ausencias. Quede la otoñada para los que de todo disponen en abundancia y todo es veranear para ellos.

Vuelven tonificados por los baños de mar, de luz... y de ilusiones. El veraneo nos eleva siempre unos grados sobre nuestra ordinaria condición social. Las playas, los Casinos, los vestidillos claros y de telas ligeras son niveladores. Las amistades y los amores son fáciles, aunque ligeros como los vestidos. No suelen llegar al invierno. En Madrid vuelve cada uno á estar en su sitio. Ofrecimientos de amistad y juramentos de amor se olvidan apenas llegamos. ¡Felices los que logran conservar á la marca entre sus relaciones y la que no suelta al empleado con 3.000 pesetas de sueldo, que en San Sebastián parecían 20.000 de renta! Verdad es que allí también papá parecía un accionista del Banco. ¡Oh, sueños de una temporada de verano! Nunca muy costosos, que nunca se paga bastante un poco de ilusión y el hallar á la vuelta más sabroso el familiar cocido.

El Teatro Nacional va camino adelante. Ya sólo falta teatro, compañía y suponemos que no faltará dinero en el momento oportuno. Ahora, con toda seriedad. Dadas las condiciones del teatro en España, ¿conviene hacer del Teatro Nacional un teatro museo, sólo para la representación de obras consagradas, ó un teatro de ensayo, un teatro juvenil, para estrenar obras de autores noveles ó desconocidos? ¿Conviene formar una compañía de eminentes, ó una modesta, estudiosa compañía de conjunto? ¿Conviene que el teatro sea aristocrático, literario ó popular? Yo creo que todo es compatible y para todo hay días y para todo debe haber autores y actores. Ni debe prescindirse de la aristocracia, ni de la intelectualidad, ni del pueblo. Pongan unos el dinero, otros la orientación, otros el entusiasmo. Condición primordial: la baratura. No es sólo cuestión de arte, es cuestión de higiene. No es en el terreno artístico, es en el terreno económico en el que hay que combatir contra la chabacanería y la suciedad de un teatro que mancha las bocas y las almas de los niños y de las

mujeres. Es preciso que «la órdiga» y «el pálpala» no sean ingeniosidades de salón y bailar el garrotín una gracia infantil. Y es preciso que las mismas señoras que en el Español, en la Princesa ó la Comedia se asustan por muy poco, no vayan después con sus hijos a la sección vespertina de cualquier teatrillo con el pretexto de que los niños se divierten viendo las decoraciones y lo demás... Ellos no lo entienden, los pobrecitos. ¡Ni á ustedes tampoco hay quien las entienda, señoras mías!



XXXIV

Ante el triunfo de la República en Portugal, yo no pienso en si será el camino más corto para apresurar la vuelta del dictador Juan Franco, ni en la suerte del rey joven, víctima del sino fatal de una familia condenada á ser eterno Tántalo de tronos y coronas. ¡Triste rey! Con las mejores intenciones y deseos, sin duda; pero al que nunca llegó la luz ni el aire de la calle, como á tantos reyes, sino al través de aduladores, de ambiciosos y de intrigantes. A los reyes modernos no les faltan bufones á su alrededor; pero entre sus cascabeles no suena el cascabel de oro de la verdad, como solía en los antiguos hombres de placer sonar atrevido sobre los donaires y las charrerías. Pero, ya digo, en nada de esto pienso: sólo pienso en la alegría de un poeta. ¡Qué feliz será á estas horas Guerra Junqueiro! Altísimo poeta, que has logra-

do lo que pocos poetas logran: ver realizado en la vida alguno de sus sueños; que la realidad de esa República se inspire en tu poesía, oración á la luz, al pan, á los humildes de la tierra, al amor y á la Humanidad! Pero ¡ay, poeta! ¿No será la realidad el principio de la desilusión? Los hombres no se juntan para obras de belleza tan dócilmente como las rimas. Verdad es que cuando las rimas son bellas, es porque obedecen á un gran poeta, que es un dictador de genio.

* * *

Enrique Becque, el autor de *La parisienne* y de *Los cuervos* y de esos *Polichinelas* tan traídos y tan llevados en estos días, como *Chantecler* en los suyos, pasa por ser uno de los autores más desgraciados en su vida y sus obras. No lo creo yo así; antes me parece que ha habido pocos tan bien afortunados. Después de algunas obras insignificantes—un *Miguel Pauper*, que es un mal melodrama,—estrena *La parisienne*, que fué, en su estreno, lo que allí llaman

un *four* y por acá un fracaso. Pero había que molestar á Sardou, á Dumas hijo, á los autores por entonces señores del teatro, y *La parisienne* fué obra de lucha, alrededor de la cual se agruparon todos los autores fracasados y todos los que ni fracasar habían conseguido. No había autor silbado que no se condoliera diciendo: «¡También fracasó *La parisienne!*» No había aspirante á autor que, al serle rechazada una obra, no pensara: «¡Es claro: como fracasó *La parisienne*, las empresas no se atreven con una verdadera obra de arte!» Llegó á imponerse una reaparición de *La parisienne*. Los actores que habían estrenado la obra no habían acertado con el carácter del personaje; ahora es cuando se iba á ver la obra. En efecto; la representaron la Réjane, después la Després, después ¡qué sé yo! *La parisienne* llegó á ser obra de concurso. La crítica ya no la discutía; daba por sentado que se trataba de una obra maestra, una obra clásica; el público se aburría siempre y las entradas no eran cosa mayor. En efecto; *La parisienne*, cuyo título ya es una calumnia que debiera ofender á

las mujeres de París, no pasa de ser un buñuelo inflado; un asunto y unos personajes de comediante, tratados con una propopeya y un empaque como quien dice: «Esto es ahondar en el corazón». Y toda la hondura es que una señora tiene tranquilamente un marido y dos amantes; para lo cual no hace falta ser *la parisienne*. En cualquier villorrio las hay más frescas y todavía dan menos importancia á esas alternativas.

Con *Los cuervos*, dos cuartos de lo mismo. Otra obra maestra para los juramentados y otra tabarra para el público. Los intérpretes siempre de víctimas, porque siempre consiste en ellos que las pícaras obras no acaben de entrar y de imponerse á la admiración. ¡Digo, á la admiración! ¡Obras más admiradas! Dígase ahora si autor que con ese bagaje consigue ser indiscutible, tener estatua, que todos los años le representen las dos joyas—y ¿qué será el día en que, hartos los empresarios de probaturas, renuncien á representarlas y sólo por fe se le admire? ¡Qué Moliere, ni que Racine!—puede llamarse desgraciado.

Yo no conozco suerte literaria como la suya. Para que nada le falte, es casi seguro que, por fin, no se representa *Los polichinelass*. Con lo que todos irán ganando: los empresarios, el público y la gloria del autor.

* * *

Apuntando, apuntando, como los de Lumbiaque templaban, á unas Asociaciones, el Gobierno ha disparado sobre otras. Mientras de una parte todo son mitins, *aplechs*, procesiones y rogativas—no sabemos por qué motivos, pues los más impacientes por determinadas medidas bien pueden decir, como el personaje de la comedia: «¿Dónde me han besado, que no lo he sentido?»,—sin ruidos y sin amenazas previas, todo el rigor ha venido á caer sobre las Asociaciones que pudiéramos llamar pecaminosas. Quedan disueltas las comunidades femeninas. Desde ahora cada mochuelo á su olivo y un solo mochuelo en cada olivo. Pero ¿habrá en Madrid bastantes cuartos desalquilados? Si agrupándose, para mayor facilidad de la existen-

cia, ya no eran palacios las ordinarias viviendas de esas cofradías, ¿dónde irán á refugiarse ahora por sus pecados? Mal está el vicio en planta baja; pero mucho peor en guardillas y sotabancos. ¡ Pobres mujeres! Se pretende librarlas de un mal y se las entrega, indefensas, á otros peligros.

El matonismo, el robo, hasta el asesinato, hallarán ahora más facilidades para hacer sus víctimas entre esas desventuradas. Se invoca el ejemplo de otras grandes capitales. Pero en otras grandes capitales esas mujeres gozan de cierta consideración social. Aquí, gracias que muchas juntas pudieran defenderse. Aquí, donde no se respeta á las mujeres honradas, ¿qué será con esas infelices? El chulo, lo mismo que el señorito, tienen por gracia maltratarlas, burlarse de ellas; la autoridad siempre está en contra suya. ¡ Valor necesita aquí la mujer para ser mala! La asociación era para ellas necesaria. Sin contar con que la virtud, como la inteligencia, á sí mismas se bastan; pero los malos y los tontos son los que necesitan agruparse. ¡ Consuela tanto ver otros peores y otros más tontos!

XXXV

Todas las huelgas mayores ó menores, tan menudeadas en estos últimos tiempos por todo el mundo, no son más que ensayos parciales de la huelga general que tendremos más tarde ó más temprano y quizás cuando menos se piense. Es difícil saberse poseedores de una fuerza y resistir al deseo de ejercitarla y de probar hasta dónde alcanza. Unase á esto la infantil curiosidad, poderoso móvil de tantas acciones humanas; el «¿A ver qué pasa?», capaz por sí solo á desafiar y arrostrar todos los peligros que puedan amenazarnos y todos los males que puedan sobrevenirnos.

Los síntomas son de que, tanto los amenazadores como los amenazados, unos por hacer alarde de su fuerza y otros de su resistencia, están deseando saber lo que pasa si la huelga general se declara. Tanto harán unos y otros que por fin se saldrán

con la suya, y no tardaremos en enterarnos. ¡Triste tarea la de los gobernantes modernos, edificando sobre terreno movedizo, haciendo cuentas sin contar con lo imprevisto, previsores de guerras exteriores y sorprendidos por la guerra íntima! Y no hay duda: las huelgas son las guerras modernas, y de ellas deben preocuparse los Gobiernos más que de las dudosas conflagraciones internacionales. Las luchas futuras serán de clase, no de naciones. Un obrero chino será más compatriota de un obrero alemán que de un capitalista ó de un letrado de su nación. Un hombre de ciencia francés estará más cerca de un sabio japonés que de cualquier espíritu grosero entre sus compatriotas. Los espíritus se saludan por afinidades espirituales, no por la proximidad material. Como el beso de la dolora de Campoamor, injusticias y males repercuten muy lejos y unen en el mismo sentimiento de agravio y de dolor á los más distantes. Por eso los que aun crean que hay algo que defender, contra los que creen que todo hay que destruirlo, deben unirse espiritual y materialmente

sobre naciones y fronteras; porque el enemigo está en todas partes. La idea de patria es valor que caduca, y pronto será tan anacrónico como el valor de las ideas religiosas. Razones sentimentales los sostendrán todavía sin virtud y sin eficacia. ¡Ay de los que no comprendan á tiempo la necesidad de sustituir esos valores por otros más eficaces para la defensa social! Suponiendo que la defensa social tenga valor alguno.

* * *

De las discusiones, protestas, querellas y disgustos promovidos por la distribución de premios en la Exposición de Bellas Artes, sólo puede deducirse una consecuencia: que las obras de arte no son para calificadas y premiadas como niños de colegio.—Por de contado que los niños tampoco debieran serlo como los cuadros en las Exposiciones.—¿Hay nada más ridículo? Fulanito, el primero; Menganito, el segundo de los primeros; después el segundo, el segundo de los segundos... ¿Hay

quien crea que las obras de arte pueden calificarse tan rotundamente? ¿Se figuran ustedes el Museo del Prado sometido á una distribución de premios por el estilo? Y no vale argumentar con que el mérito extraordinario de casi todos los cuadros haría difícil la calificación; porque si es difícil calificar entre iguales por alto, tan difícil es calificar entre iguales por bajo. ¡Y no digamos entre medianos!

Se dirá que sin esa formalidad de los premios sería difícil conseguir el objeto principal de las Exposiciones, que es el de señalar al Estado los cuadros que debe adquirir, si la protección á los artistas ha de ser efectiva. Yo creo que con las manifestaciones del público y de la crítica bastarían para una razonable orientación. En todo caso, sería preferible el sorteo; todo menos eso de los primeros, los segundos de los primeros y el primero de los segundos. Ya sé que es muy humano y satisface mucho á los entendimientos mediocres eso de que nos lo den todo numerado por orden de mérito. Hay quien pregunta: «¿Qué obra de Shakespeare es la mejor? ¿Cuál es el

mejor cuadro de Velázquez?» Y ¿qué pensarían ustedes del que se atreviera á señalar una sola obra de Shakespeare, un solo cuadro de Velázquez como superior en absoluto?

De cualquier modo, y aun aceptando como mal menor ó necesario la calificación y numeración por un Jurado inteligente, probo y sincero, como lo son todos los Jurados hasta el día, de la adjudicación de premios, bueno sería que los jueces se atuvieran al mérito de las obras, dejando fuera de juicio las tendencias, el procedimiento y los medios de ejecución de las mismas. ¡Bueno fuera que en un concurso de obras dramáticas, por ejemplo, entre una mala obra realista y una excelentísima obra romántica ó imitación de nuestro teatro clásico, se premiara la mala obra por parecer más de nuestro tiempo ó por anti patía de escuela! Si la emoción y el sentimiento que inspiran al artista son sinceros, ¿ha de censurársele porque aun pretenda espiritualizar su obra, desligándola del tiempo y del espacio? ¿Es tan pronto para renegar de una tendencia artística

que es la mitad del arte moderno? Mæterlink, Ibsen mismo, en la dramática; D'Annunzio y Anatole France, en la novela; Puvis de Chavannes y los prerrafaelistas ingleses, en la pintura... ¿Y en música? Debussy va á inspirarse en la música griega, y ya no hay música bastante antigua que pueda servir de refugio á los que reniegan de la música moderna.

* * *

El Ayuntamiento, como el corazón, según los franceses, tiene razones que la razón no explica. Entre tres proposiciones para la concesión del teatro Español, ha votado por la que menos esperaba todo el mundo. El espectáculo ha sido edificante: solicitado el teatro por el Estado, el Ayuntamiento desestima su pretensión, le trata de tramposo y declara que no se fía de él para nada. «Dijo la sartén al cazo...» ¡Qué buen efecto producirán en el país pagano esta armonía de relaciones y esta confianza mutua entre el Estado y el Ayuntamiento! Si el Ayuntamiento desconfía del Estado,

¿qué haremos los demás mortales? El que quiera honra, que la gane. ¿No es eso? Aparte esta pequeña desconsideración al Estado y á las buenas intenciones del ministro de Instrucción pública, sabemos que el teatro Español está en buenas manos. Se trata de una empresa artística con orientaciones modernas, abierta á la juventud; como debe estarlo el teatro Español, de donde debemos alejarnos los autores viejos y cansados para dejar paso franco á los que llegan.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XXXVI

Quede á salvo la buena intención del Congreso contra la trata de blancas. Pero ¿qué podrá una sola institución social para reprimir lo que tantas otras instituciones sociales son á fomentar? Medicinaremos lo sintomático y la enfermedad esencial continuará consumiendo el organismo.

Para combatir la llamada trata de blancas hay que afrontar cara á cara la trata de negras, que es la trata de la mujer en general, por todas las leyes, instituciones y costumbres sociales. Quizás la trata de blancas sea la más dulce y favorable de todas ellas. ¿Qué ofrecemos á la mujer que mejor sea? ¿Trabajo? Que emancipe á la mujer de toda esclavitud económica, único medio de lograr su emancipación moral, sólo hay uno: el trabajo artístico, y para esto es preciso ¡ahí es nada! un gran talento y una gran voluntad. Aun así, ¿estamos

seguros de que nuestro respeto y nuestra admiración acompañen siempre al triunfo del talento femenino? Sólo las grandes artistas del teatro consiguen ser admiradas por completo; y ¡cuántas veces la admiración á la belleza nos hace ser injustos con el talento! ¿No suelen estar mejor pagadas una cara bonita y unas lindas piernas que una clara inteligencia y un gran corazón?

En las demás profesiones, en la misma profesión artística, cuando un poderoso talento no basta á imponerse por sí mismo, ¿qué llega á conseguir la mujer por sí sola, sin el favor y la protección del hombre, no siempre generoso, más bien tacaño, al remunerar con una colocación, á costa ajena, lo que hubiera debido pagar á su propia costa? ¿Cuántas serán las mujeres que hayan llegado á la independencia de una profesión lucrativa sin haber tenido que pagar servidumbre al antojo de un hombre?

¿El matrimonio? Pero ¿quién dirá que se trata de un Sacramento de la Iglesia, instituido por Dios, cuando en sociedades que se dicen cristianas le vemos per-

seguido por todos los medios, como un vicio ó como un delito?

A él se oponen leyes militares, prohibiendo el matrimonio de millares de hombres en lo mejor de su vida, en nombre de conveniencias sociales; á él se oponen leyes económicas, que mantienen en pobreza ó en escasez á los jóvenes en la edad más conveniente para el matrimonio; á él se oponen todos los egoísmos individuales engendrados por el gran egoísmo colectivo. Y salvadas estas dificultades, ¿qué es la mujer, con raras excepciones para cuentos y comedias morales, en el matrimonio? Animal de lujo en las clases altas; animal de cría en la clase media; animal de cría, de trabajo y de carga en la clase baja.

¿Y quieren ustedes oponerse á la trata de blancas?

¿En nombre de qué? ¿Qué ofrecen ustedes en cambio? La máquina de coser, la aguja y la plancha.

—Gracias—dirán las favorecidas.

¿El matrimonio con el empleado con 1.500 pesetas ó el jornalero con tres pesetas?

—Muchísimas gracias—volverán á decir. Lo mejor que pueden ustedes ofrecerlas es un convento, como Hamlet á Ofelia.

Y estos pícaros Gobiernos democráticos, con eso del «candado», no se preocupan más que de cerrar puertas sin abrir otras para dar salida á las pobres mujeres. Lo que dirá alguna, parodiando la altiva divisa de las Rohan: «Casada no puedo; trabajar no quiero... «blanca» me quedo.» Pero se están poniendo las cosas de un modo, que ni ese recurso les va á quedar á las pobrecillas.

* * *

El Ayuntamiento de Valencia ha desairado á los poetas, oponiéndose á la celebración del Congreso de la Poesía. ¡Gran injusticia! Pues no sabemos que ese Congreso reuniera menos condiciones de inutilidad que cualquiera otro de tantos Congresos como se reúnen, á todas horas por esos mundos. Y ¿no es la inutilidad la primera y más estimable condición de estas juntas? ¡Quién sabe si de éste hubiera salido algo

práctico, por andar todo al revés en estos tiempos! ¡Tantos Congresos, de los que se esperaban grandes resultados prácticos, han venido á diluirse en la más vaporosa poesía!

Pero bien empleado os está ¡oh, poetas! ¿Quién os manda ponerlos al habla con Corporaciones oficiales de ninguna clase? Y ¿qué ibais á hacer en Valencia, después de los cortesanos? ¿No sabéis que por donde ellos pasan ya no quedan flores, ni halagos, ni atenciones para los poetas? ¿Sabéis guiar un automóvil? No; porque ni habéis tenido nunca dinero para comprar uno, ni tenéis amigos que los posean. La gente adinerada no se trata con los poetas. Entonces... ¿qué ibais á pintar en Valencia? Ya iréis cuando tengáis más dinero. Para eso, dejáros por algún tiempo de hacer versos; haced algo más, como los poetas de... otras partes.



XXXVII

A la mayor parte de nuestras Juntas benéficas, ya sean de damas ó de caballeros, les sucede lo que al devoto del cuento en sus méritos para con Dios: lo que ganan por delante lo pierden por detrás. ¿Por qué reglamento rigorista ha de ser la Inclusa barrera infranqueable entre las madres y los hijos? ¿No debiera ser más bien lazo de unión, apartado de las miradas del mundo? No el alejamiento, la proximidad de las madres debiera solicitarse. El abandono del hijo es alguna vez, por monstruosa sequedad del corazón, cerrado á un instinto que hasta en los animales parece con delicadezas de sentimiento espiritual. Pero ¡cuántas veces es miseria, vergüenza, miedo!... Y ¿no debe ser la sociedad entonces, y las Juntas de damas benéficas sobre todo, las que, en vez de apartar á la madre como indigna, porque cedió á esas conside-

raciones sociales, procuren ser piadosos intermediarios, no como secuestradores, sino como guardianes de los pobres niños, que no serían entonces abandonados del todo y para siempre por sus madres? En vez de decirles: «Aquí dejas á tu hijo; no vuelvas á acordarte de él», decid: «Aquí tienes á tu hijo; acuérdate siempre; ven cuando quieras; defiende tu vida como puedas, nosotras defendemos la de tu hijo.» Sea la caridad nodriza, educadora; pero no pretenda ser madre mientras la verdadera madre no haya renunciado á serlo por monstruosa perversidad. No digáis á los pobres niños: «Vuestras madres fueron tan malas mujeres, que no supieron ser madres.» Decidles: «Vuestras madres eran tan pobres, que no podían teneros á su lado; compadecedlas mucho, como nosotras las compadecemos.» ¿Creéis que no sería mayor su gratitud y que no podrán fundarse mayores virtudes si ellos ven que, no sólo los guardasteis la vida, sino el amor de la madre? Reformad esos reglamentos, nobles señoras; un reglamento de un asilo benéfico no debe ser como un Có-

digo penal, en que siempre se mira al hombre como un presunto delincuente. No todas las madres que dejan sus hijos en la Inclusa son malas madres; muchas son madres pobres, y, en la duda, todas son ¡ pobres madres! Tan difícil como hacer leyes desde los salones de un ministerio es difícil hacer reglamentos desde gabinetes perfumados. Sobre todo, leyes y reglamentos para los pobres y miserables de la tierra, por los que nunca supieron de pobrezas ni de miserias.

* * *

Las obras de la Gran Vía adelantan hasta el punto de permitirnos á los que nacimos á mediados del siglo pasado la esperanza de verlas terminadas. Pero he aquí que, al comienzo, surge el primer obstáculo. Entre los derribos yérguese altiva, desafiadora y elocuente como un símbolo nacional, una pequeña iglesia: la conocida vulgarmente por el nombre de Niñas de Leganés. No hay quien pueda con esas niñas. La piqueta derriba casas y casas, y el

campanario de la iglesia cada vez más insolente y fanfarrón. Parece ser que no hay persona apta para tomar el dinero precio de la expropiación. ¡ Por vida del inconveniente! Que se tratara de alguna manda ó donación, y veríamos si había personas aptas para embolsarse los cuartos. ¿ Para qué están los señores jueces, más que para ser depositarios de los dineros dudosos? ¿ Van á detenerse las obras por ese monumento nacional? A bien que se queda Madrid sin iglesias. Nuestros ricachones, por no imitar á los norteamericanos, que suelen dejar cuantiosas herencias á Universidades y escuelas, no saben cosa mejor que legarnos iglesias. A ninguno se le ocurre dejar unos cuantos millones para fundar un buen periódico de la buena Prensa, atendiendo las exhortaciones del señor obispo de Jaca, que sabe muy bien dónde le aprieta la mitra y que á Dios rogando y con el rotativo dando. Además, el mayor número de iglesias no contribuye en nada á la conversión de incrédulos; mientras que un buen periódico que diera buenos sueldos á los redactores, contribuiría gran-

demente. Ya sabemos que aquí nadie tiene sueldo por tener estas ideas ó las otras; pero ¡ ideas por tener un sueldo!...

* * *

El arte moderno se desvive por la originalidad; la acusación más ofensiva para un artista es la de plagiario: *Il nous faut du nouveau n'en fut il plus au monde*. Y, sin embargo, las novedades apenas llaman un día la atención y las obras que se perpetúan son menos que plagios: plagios de plagios, imitación de imitaciones. La humanidad, como los niños, prefiere el cuento cien veces oído. Las obras inmortales son aquellas en que sus autores acertaron á contar del mejor modo las dos docenas de cuentos que interesan á todos. ¿ Es otro el secreto de la gloria de Shakespeare? Cuentos sabidos, de una sencillez de asunto y de una psicología primitivas. Obras que pueden representarse ante el auditorio más ignorante como ante el más docto.

Y nuestro *Don Juan Tenorio*, el de Zorrilla, que acertó á contar el cuento al gus-

to español y popular, ¿no es el mejor ejemplo y la mejor lección para los originales y noveleros? Hoy tememos demasiado á tocar esos asuntos universales vulgarizados, y renunciamos tal vez á escribir las mejores obras. ¿Quién se atreve á escribir otro *Don Juan*, otro *Fausto*, otro *Romeo y Julieta*? Verdad es que la crítica, interponiéndose á cada paso del arte entre el artista y el público, opone la terrible acusación de plagio ó de osadía. Pero hay que tener todas las osadías, la del plagio en primer lugar, y la de pasar por encima de la crítica, para llegar directamente al alma del público. Esta fué la mayor hazaña de *Don Juan Tenorio*; por ella le vemos todos los años en escena triunfar de muchas novedades originales, y, cuando todas ellas hayan caído en el olvido, *Don Juan Tenorio*, plagio de plagios, imitación de imitaciones, sobrevivirá como uno de los pocos cuentos interesantes que un gran poeta se atrevió á contar nuevamente sin el temor de parecer plaguario.

XXXVIII

Es sabido que, á la entrada de todos los inviernos, las señoras hablan de los vestidos que han de encargarse; los empresarios de teatros, de las obras con que cuentan, y los gobernadores de Madrid, de la extinción de la mendicidad. De todos estos programas, el único que suele cumplirse, y con creces, es el de la indumentaria femenina, dicho sea en honor de la mayor constancia del sexo débil en sus propósitos y determinaciones. Los empresarios estrenan lo que pueden, que no es siempre lo que quisieran; en cuanto á la extinción de la mendicidad... no pasa de conversación en que luce el ingenio de unos cuantos arbitristas, verdaderos ángeles de la caridad... con el dinero ajeno. Y he aquí la primera dificultad en estas andanzas benéficas: que todos piensan el mejor modo de sacar los cuartos á los demás y nadie quie-